

II

Un periodista (más vale, el pobre interno de una revista que hace muy poco fundió) desesperado por encontrar una historia que pudiera ganarle un mínimo de fama, manejó a Cóndoma en búsqueda de “Lío.” El periodista a los pocos días de estar en ese pueblo remoto, descubrió que los ciudadanos no habían recibido a Semis con el entusiasmo que merece un excampeón de fútbol internacional (o quizá, sí). Cuando regresó Semis a su pueblo natal, según se lee, con la vaga esperanza de recomenzar una u otra vida, quizá como joyero de pescaditos de oro, o por lo menos como un kiosquero, la población le dio una bienvenida más apropiada para brujas. Habían salido a la entrada del pueblo, a la plaza-rotonda, para echarle por debajo con puteadas; lo amenazaron, y hasta un condomita (no el más violento del pueblo, se cuenta) aparentemente agarró un puñado de mármol de algún expresidente de esa pila junto a la estatua de la pelota de fútbol, y se lo colocó contra la frente del pobre Semis. (Semis mismo, años más tarde, afirma que la lastimadura sobre su frente fue un castigo Caíno por haber perdido la copa en penales, sin lugar a duda un acto divino, y que le sirvió como recuerdo recurrente de por qué valía la pena enloquecerse, obsesionarse, lanzarse hacia su nuevo propósito). Este “propósito” no lo sabremos nunca, pues Semis hasta hoy no ha entrado en detalles sobre que hizo después que le creció un chichonazo (y cicatriz sumamente feo, diría cualquiera) sobre su frente. Lo que sí sabemos—aun en esto, nos encontramos de acuerdo, el periodista y yo—es que entre un loco que fuga a su pueblo natal, un ciudadano que quiebra un pedazo de estatua sobre su compadre, un acto divino y este país del revés, donde se confunde el negro con el blanco, todo es posible. Terriblemente posible.

No one believes me when I say, and I tend to say a lot, that I can play soccer. Most of the kids back in Texas were really bad at soccer so it didn't even matter how well I played. But now that I moved back to my old Capital, my skills are even less appreciated—and by that I mean, not at all. The boys here won't let me play, and now that everyone in my class is fourteen or fifteen, all the girls want to do is gossip about *fulana de tal* or *fulano de tal*, hang out outside of shopping centers, or make fun of the people getting on and off the buses. I would much rather practice soccer. Soccer, for me, is life. And I am not the only one.